

La Barcelona de la bandera negra



Foto: Sandra (kasayukali)

Teiriç Offre

Trad. Pol Pérez

Un cielo luminoso, espléndido, desprende sin embargo un bochorno que se torna sofocante, el verano antes del verano, un calor pringoso que termina por pegarte la camisa a la espalda, como una especie de fatalidad que te impregna para hacerte deslizarse mejor hacia esa lasitud existencial. Tienes que ir al Ateneu Barcelonès cueste lo que cueste y te diriges hacia allá y ya te encuentras dentro de la gran biblioteca patrimonial de Barcelona donde descubres libros históricos, incluso en occitano, como el *Ramelet Mondin*, al lado de un montón de otros tan o más antiguos, a menudo también en francés, entre archivos bien diversos, de críticas literarias o sociales...

El Ateneu, con su salón y su patio romántico, te parece un cobijo agradable a la sombra, ideal para evocar la lírica occitana de los trovadores con tu huésped, el medievalista que ha trabajado en las vidas de los santos con los que te acabas de cruzar. Os halláis en pleno barrio gótico. Él es uno de esos investigadores que ha respondido de buenas a tu llamada para un proyecto de documental acerca del eros y la nada de los trovadores. Es un honor poder estar aquí, a la sombra del patio, donde desayunar es una especie de privilegio reservado a los grandes, puesto que el lugar es de uso exclusivo para los socios, entre los cuales tú, obviamente no te cuentas lol... Tu tarea consiste en hilvanar un documento didáctico, con un punto de sapiencia para dar algunas claves acerca de las canciones de los trovadores. *–Farai un vers de drech neient...–* Te propones retomar también esa idea de la nada, del vacío existencial que te parece tan actual. *“Por motivos de indiferencia general, se anula el día de*

mañana.” como alguien escribió en francés no hace mucho en el suelo de la calle Consolat, en pleno corazón de Marsella. Hacer una película, quiere decir encontrar primero a una productora, luego una cadena de televisión para difundirla posteriormente... Film-poema de la nada, construido sobre la negatividad, el malestar del mundo occidental; no saber nada más, plantear una aserción que será rebatida al instante, reírse de ella, negar-se a los hechos, a la dama, al lugar del amor y negar el amor de la ausente, un destino formulado en vaguedad: sientes ya que de inmediato el proyecto del film se desintegrará, que tal vez tendrás que renunciar a ello lol.

En este momento de dejadez colectiva, ¿cómo interesar a la gente en aquellos que encendieron el fuego poético en buena parte del Medioevo europeo, hace poco menos de mil años? ¿Cómo encontrar la sintaxis de la realización, obrar *–amb jòi–* para decirlo con las palabras de Guillermo IX de Aquitania retomado posteriormente por Pasolini? Decir lo que no es, “lo neiènt”, la nada, tal y como hacían aquellos trovadores contagiados ya de teología negativista, la vanguardia del siglo XI, como dice el exegeta... Esa idea de vacío sin lugar a dudas te cuestiona y te hace bordear las orillas del absurdo hacia una dulce locura. Es como lanzar al vuelo una adivinanza, tan habitual en la lírica medieval. Es también, en el trasfondo, la búsqueda de la Dama desconocida, escondida y sin embargo amada. Obviamente perdida, *lost in translation...*

De hecho, hay un ligero *revival* de todo lo occitano en Barcelona como evidencia este pequeño local *–el Jan Petit–* que desde hace bien poco acaba de abrir sus puertas en el barrio de Gràcia, dedicado a nuestra cultura: allí se pueden encontrar cantantes apasionados de la cultura de òc, probar charcutería mientras se saborea un buen vaso de Jurançon, o leer libros en occitano. Y además de todo eso, cada lunes hay gente que se acerca hasta allí para cantar en tu lengua occitana en polifonía: todo bien cerca, en Gràcia mismo, un espacio de convivencia cerca del Museo Etnográfico. ¡Hay que vivirlos, ese entusiasmo y alegría compartidos!

¡Te hace tanto bien encontrarte con una lengua tan cercana a la tuya tratada con dignidad y respeto! Te la encuentras en los carteles de los grandes museos y te impresiona *–un escalofrío casi–* comprobar el hermanamiento que

aún existe entre el occitano y el catalán: ¡las lenguas son todavía gemelas! “Santa Llúcia davant el cònsol Pascasi”, “Immobilitat de Santa Llúcia”. “Arrencament del pits” –Santa Lucía ante del cónsul Pascasi: Inmovilidad de Santa Lucía. Arrancamiento de los pechos– Es un placer ver esta lengua tan próxima de la propia en el lugar preeminente que le corresponde en museos y exposiciones: su proximidad con tu lengua occitana hace que no te veas continuamente obligado a mirar el texto en inglés, porque no te hace falta. Ser occitano en Barcelona, en medio de este rebaño de turistas, seguro que te hace sentir bastante afortunado, por una vez en la vida, cuando unos catalanes occitanistas te lanzan justamente la palabra “*toristalha*”, como para invitarte a saltar a su lado de la valla, para unirse a ellos y no dejarte asimilar a la infame ola de turistas que señorea por todas partes...

A día de hoy, si bien Barcelona es una capital cultural que ha recuperado el catalán escrito en los letreros de las calles, y eso produce envidia sana, no es menos cierto que el alma catalana se desliza hasta dejarse engullir por el runrún de la oferta y la demanda de los mercados... Ciertamente da gusto descubrir una gran ciudad del Mediterráneo con tanto empuje, con tanta iniciativa y a la vez tan pragmática. Y en medio del montón de cosas que te apetece mirar e incluso sueñas con llegar a ser, alucinas al cruzarte con un camión de la basura repleto de mujeres vestidas para realizar su noble tarea. Nunca visto en Marsella, y eso da que pensar. ¡Quién sabe si a los basureros marseleses les apetecería más terminar la faena si algún día reclutaran también a mujeres lol! ¿La paridad definitiva, el final del túnel del amor cortés consistiría por ventura en ensuciarse, machos y hembras juntos, aguantando con los cuerpos desnudos la peste agria de la basura? ¡Pujaj!

Huir de los espacios vendidos a los rebaños de turistas como en Bauç en Provenza, se convierte en una necesidad imperiosa: la Rambla, la Plaça de Catalunya, el Gòtic, los grandes museos de todo tipo y no por ello menos interesantes, los maravillosos edificios de Gaudí... La Plaça Reial, ¡jo, ni te han permitido pedir tres tapas en la terraza del bar sin beber nada! –según parece no tienes derecho a no tener sed–, el camarero de punta en blanco y con su pajarita (para intimidar, ¡y tu que te creías!) te lo ha largado así de claro: “¡Aquí quien come bebe!” ¡Ahuyentado como un vagabundo cualquiera! En la plaza, unos juglares a pecho desnudo se apresuran, alegres y bronceados, a montar sus

acrobacias. Se pavonean ante unos turistas desencantados. Babosos semi-depresivos con el cerebro encogido por tantos espectáculos de pacotilla, son ya incapaces de emocionarse. Y a los artistas les toca incluso practicar el autoelogio tras el número circense aplaudiéndose en vano, haciendo una ola que decae de inmediato sin ningún apoyo por parte de los que han presenciado el espectáculo. ¡Les dan igual, los juglares, a los turistas! ¿Será que su estatus social ha cambiado verdaderamente desde el medioevo? ¿Juglar? *Joculatore*? Es aquel que tiene por encomienda divertir, como indica la raíz de la palabra. Histriónicos como son, saltan, hacen volteretas, se montan los unos encima de las espaldas de los otros. Y tú evocas en el recuerdo aquellos bailarines, magos, músicos y acróbatas de otro tiempo, el tiempo del film que tienes en la cabeza... Desde el siglo IX, la iglesia los había combatido. Terminó por prohibir las fiestas en las que los juglares estaban invitados. No tenían cabida en aquella época en la casa del Señor. ¿Quizá les queda algo de espacio en la Plaça Reial? En realidad no mucho... Si en el siglo XII el trovador Guerau de Cabrera pedía a sus juglares que supieran imitar el piar de los pájaros, manejar las marionetas, saltar dentro de círculos y hacer juegos malabares, se conoce que incluso en la Edad Media, la libertad y la dignidad, a aquellos artistas no les era dada, tuvieron que conquistarla, ya entonces.

Cambio de rumbo y de tercio. Gran de Gràcia: aunque la placita cercana a tu pensión está llena hasta la bandera de gente, te das cuenta de que son sobretudo barcelonenses, un baño de juventud. ¡Pero tú, turista que eres bien a tu pesar, no escapas al destino de los demás turistas! Como ayer, en tu pensión en la que no hay nunca nadie en recepción para informar a los recién llegados, y donde es un verdadero calvario que te den las llaves, de repente llaman a la puerta mientras te relajas en tu habitación. Una vez, dos veces, tres... Llaman y vuelven a llamar. Abres la puerta para recibirles y te encuentras ante un par de viajeros de poco más de 20 años berreando como asnos: se quejan de que han hecho la reserva por Internet y quieren entrar sí o sí. Les explicas que eres un viajero como ellos y no el propietario, que tienen que llamar para hacer que les traigan las llaves... Te das cuenta de que su dominio del inglés es proporcional a su cólera, en una ola que sube a contracorriente.

—¿De dónde venís?

Incluso eso no les parece difícil de comprender, pero finalmente responden que son turcos y como no tienen ningún teléfono que funcione, ni tan

siquiera el número correcto y no consiguen hacerse entender mucho, tienes ganas de ayudarles... No es sencillo: de hecho, no consiguen ni hablar sin gritarte. Y mirando a esos orientales desorientados con bonitos ojos relucientes te das cuenta enseguida de que te será difícil ayudarles, cuando de pronto te amenazan con ir a la policía si no les abres la puerta de inmediato. Sientes que, ¡jo!, todavía no son lo suficientemente maduros para el gran viaje occidental y ya es mala suerte de que eso te suceda precisamente a ti, que desees un destino entrelazado entre Oriente y Occidente, *entrebescat* (esa palabra occitana que describe las lenguas de los amantes que se enrollan eróticamente en un beso). Y además, ¡qué pena! porque no hay muchos orientales que viajen por su cuenta como ellos. Y tú, que estás en la Hispania de hoy para preparar un documental sobre los trovadores con tu consciencia honda del legado de Oriente desde el siglo X, anda que tener que quitártelos de encima, sin contemplaciones, a esos jóvenes turcos, ¡qué vergüenza!... Echas cuentas de que hace ya mil años que se expandió en la antigua Hispania, bajo la influencia de los conquistadores árabes, una idea del amor tan idealizada y de que precisamente ahora os encontráis ellos y tú tan inmersos en ese rifirrafe... Duele: la realidad de la vida de cada día te persigue... No has conseguido hacer nada por ellos ni siquiera acompañarles al locutorio para llamar, darles el número correcto, tomar una copa con ellos mientras esperan al dueño de la pensión, hablando de la Capadocia... ¡Tú como si tal cosa! Vuelves a tu tarea, a tu rollo –el casting para tu documental–, obsesionado como estás en esa lírica árabe que no llegó vehiculada por el erotismo popular, femenina, y aunque haya conexiones y contenga temas poéticos cultos, procedentes de distintas partes del mundo islámico, se asocia además, al espíritu aristocrático. Ese verbo –*entrebescar*– tan presente en la lírica de los trovadores te obceca: no tiene equivalente francés. Es todo un símbolo, una erotización venida de Oriente, reflejo de la estética admirable de aquellos dibujos ornamentales árabes, los deliciosos arabescos, curvas con motivos armoniosamente entremezclados. ¿Y tú das la espalda a Oriente? Imposible, tienes mono, síndrome de abstinencia, lo echas tanto de menos, *copyright* –los Trovadores.